



Fernán Caballero

El zurrón que cantaba

Érase una madre que no tenía más que una niña, a la que quería muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le había regalado una gargantilla de coral.

Un día le dijo que fuera por un cantarito de agua a la fuente, que estaba fuera del lugar. Fue la niña, y cuando llegó a la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilón a tiempo de llenar el cántaro.

Junto a la fuente estaba sentado un pordiosero viejo, muy feo, que llevaba un zurrón, y que miraba a la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro, cuando echó a correr y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa, la echó de menos, y se volvió apresurada a la fuente para buscarla; y cuando llegó, estaba todavía allí el viejo, que cogió a la niña y la zampó en el zurrón. En seguida, se fue a pedir limosna a una casa, diciendo que traía una maravilla, y era un zurrón que cantaba.

Ya se ve; las gentes quisieron oírlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurrón, canta;
si no te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse a cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fui a la fuente
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!

Volvime luego a la fuente
por si podía encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!

No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que a las gentes les gustaba mucho oírla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurrón.

Viendo así de casa en casa, llegó a la de la madre de la niña, y conforme esta oyó el canto, conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre: -Tío, el tiempo está muy malo: el viento arrecia y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dio tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que, después de cenar, se quedó más dormido que un difunto.

Entonces sacó la madre del zurrón a su niña, que estaba el alma mía heladita y desfallecida; le dio muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurrón metió a un perro y a un gato. A la mañana siguiente dio el viejo las gracias, y se fue tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como había dicho el día antes, al zurrón:

¡Zurrón, canta;
si no te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:

Pícaro, viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso, viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurrón para castigarla; entonces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó a la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.

Pico, pico, a ver si me pongo rico
Había una vez un molinero que tenía mucho afán por ser rico; así era que cuando se ponía a picar la piedra de su molino, repetía sin cesar al dar los golpes:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

Acertó a pasar por allí el Rey, y le preguntó Su Majestad qué era lo que estaba diciendo. A lo cual le contestó que con su afán de salir de pobre, decía:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

Al punto regresó el Rey a su palacio y mandó hacer una torta muy grande, que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero. Cuando el molinero la vio, le dijo a su mujer:

-Mira... mandaremos esta torta a nuestro compadre padre, que nos favorece mucho, y podrá favorecernos en adelante.

Y así lo hicieron.

Al cabo de unos días volvió el Rey a pasar por allí, y se encontró todo tan pobre y en el mismo estado en que lo halló la primera vez. El molinero estaba picando la piedra, y diciendo:

Pico, pico,
a ver si me pongo rico.

-¿No recibiste -le preguntó el Rey- una torta que te mandé?

-Sí, señor -contestó el molinero-; pero, ha de saber Su Real Majestad que tengo un compadre que me favorece, y a fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese a mi salud.

-Está visto -dijo el Rey- que el que nació para pobre, por más que pique no ha de salir de su estado. Sabrás, hombre, como que la torta que te

mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero se desesperó y se arrancaba los cabellos.

-No te aflijas -le dijo el Rey-, que te he de ver rico o poco he de poder.

Dicho lo cual se volvió a su palacio real y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de algún tiempo volvió el Rey a pasar por el molino, y se alegró mucho al ver que estaba todo allí muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó a la hermosa casa, oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche había muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podía arrancar. Entró el Rey en la estancia en que estaba el difunto; el pobre estaba tendido en su féretro, y con la rigidez de la muerte tenía asido aquel papel que nadie había podido arrancarle; pero el cual, al acercarse el Rey, soltó inmediatamente. El Rey lo recogió, y leyó estas palabras escritas en él:

Yo pobre lo quise;
Tú rico lo quieres;
Resucítalo si puedes .

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

